

Marian Porcel

# TODO SALDRÁ BIEN

EC.O  
EdicionesCivicas.O

## DÍA DEL CLUB

Todo dios cree que su vida puede cambiar un día cualquiera.

Error.

La vida cambia por un cúmulo de días cualquiera.

Pero eso sí: siempre hay una gota que colma el vaso.

Donna empuja la pesada puerta del Manhattan y entra. En la penumbra no distingue más que un par de bultos. Son Churruca y Dayami, uno tras la barra y la otra pasando la bayeta por las mesas.

Todavía no hay ningún cliente.

Con los nervios, la joven no se ha dado cuenta de la hora que es.

Una hora absurda.

Demasiado temprano para empezar a beber.

—Hola —saluda al llegar al mostrador.

—¿Qué bolá, Donna? —Dayami devuelve el saludo con su característico acento cubano.

—¿Elsa no habrá pasado por aquí?

—No, mi amol. Aún es pronto.

—Ya.

—Estará... ya sabes... —Churruca hace un gesto que no deja lugar a dudas.

—¡Ñoooo, vete pal carajo, puerco! —le reprocha la mujer—. ¿Quieres tomar algo, Donna? ¿Un cafesito?

—No. Mejor me paso luego.

En la calle hace mucho frío. Donna se resguarda en una cabina telefónica, mete una moneda de cinco duros y marca el número de Elsa.

Después de tres tonos, salta el contestador:

*Estoy follando. Cuando acabe, te llamo.*

La joven sonríe. Al fin y al cabo, Churruca no andaba tan desencaminado.

Decide pasear un poco. Se tapa la cabeza con el fular y alza los cuellos de su chupa de cuero. Con las manos hundidas en los bolsillos, pateo las calles desiertas del centro. Todo el mundo est a en casa. No hay m as que pequeñas mierdas de perro esparcidas por los adoquines.

Ni un alma.

El aire frío le corta los labios pero le sienta bien. Le hincha los pulmones. Le despeja la cabeza. El oxígeno helado barre de un plumazo toda la concentración que ha puesto los últimos días en acabar la novela. Siente la sangre correr. Se siente libre. Ligeras.

—¡Eh, pib n! ¿Dónde vas?

Un tintineo sigue a la voz.

Un joven rapado corre calle abajo. Sus Martens rojas con punta de acero golpean el pavimento y unas gruesas cadenas chocan contra su ceñido pantalón.

Es Telefunken.

Al llegar a la altura de Donna, la agarra del cuello y le planta un sonoro beso en la mejilla.

—¡No te escapar s de mí, guapa!

—¡Suéltame, imbécil! —le aparta ella—. ¿Qué haces a estas horas por aquí?

—He quedado con la pe a **Oi!** Vamos al local de Chimbo a tomar unas birras. ¿Te vienes?

—Ya sabes que esa banda de trogloditas no me mola nada.

—Y dale. No son violentos, ni racistas. Red skin, colega. Red skin.

—Ya, ya... la teoría ya me la sé.

—Joder, Bella. Eres peor que mi vieja —le chincha el joven—. Una plasta.

—Y tú, un descerebrado.

—Ya lo dicen los Decibelios. Si quieres te lo canto: Molinera, ha ha ha, he he he, ho ho ho. Molinera... si-sa-si-sa, Oi! Oi!

—Estás como una cabra —ríe Donna.

—Así me gusta. Que te rías. Entonces, qué ¿te animas a venir de chufra?

—Lo siento. Estoy esperando a Elsa. Creo que hoy va a ser día del club.

—¡Joder, eso se avisa! Dos chicas guapas y borrachas esperando a que un tío cachas como yo les alegre la noche.

—Qué más quisieras, raspilla.

—Sin ropa gano mucho, en serio. Cuando quieras te lo demuestro.

—Déjate de historias, anda.

—Oye, ¿y a cuenta de qué celebráis día del club? Que yo sepa Elsa y tú no andáis sobradas de pasta.

—He acabado la novela.

—Has... acabado... la novela...

El joven pronuncia las palabras casi de una en una, y calla. Asombrado, lanza una batería de preguntas:

—¿Has acabado la novela? ¿Toda? Quiero decir... ¿Ya está?

Donna sonrío y asiente.

El chico la vuelve a enganchar del cuello como un vendaval y la arrastra corriendo y gritando.

—¡Eeeh! ¡Aquí está! ¡La futura Premio Nobel de Literatura! ¡La gran escritora es mi colega! ¡Mi colega!

—¡Cállate, bocazas! Que nos van a detener por desorden público.

—No sería la primera vez, ja, ja...—estalla en carcajadas—. ¡Esto hay que celebrarlo!

—Has quedado con los Picapiedra, ¿recuerdas?

—¡Hostia, es verdad!

—Ya estaremos. Y la birra a mi cuenta.

—Enhorabuena, Bella. De verdad.

El chico le estampa otro sonoro beso a Donna, esta vez en la otra mejilla. Y sale corriendo con las gruesas cadenas tintineando al compás de sus pisadas.

# yo, DONNA

Creo que va siendo hora de volver al Manhattan. Ya he chupado bastante frío por hoy.

Asomo el morro y veo que el ambiente ha mejorado mucho. Cuatro viejillas jugando a las cartas en una mesa, un parroquiano echándose el café con todos los sacramentos y yo. Una fiesta.

Me acerco hasta la barra y le pido una birra bien fría a Dayami.

—Ay loca, con este perro frío... —protesta la cubana—. Mejor un traguito de ron. La caña de azúcar calienta el alma.

—Gracias, pero no.

Dayami saca de la cámara un botellín con la punta de los dedos y le quita la chapa con desgana.

—Ay, Donna, mi amol, no sé cómo tú puedes beber esto tan helado —me mira con ojos de madre—. Y qué, ¿tu yunta ya apareció?

—¿Quién, Elsa? No tardará en llegar.

Pero sí que tarda.

Dayami habla y habla y habla. Me pone la cabeza como un bombo. Cojo el maltratado periódico que hay en una esquina y me siento junto al enorme ventanal de la entrada. Desde allí se ve la calle y se puede leer el nombre del bar al revés: NATTAHNAM.

Ojeo el periódico para pasar el rato, pero no me concentro. Falta medio año para que empiecen las putas olimpiadas de Barcelona y ya están todo el día dando la brasa con el monotema.

¿Dónde coño se ha metido Elsa?

Me acerco a la barra y pido otra birra. Dayami la saca tiritando de frío. Yo me fijo en una nueva fotografía colgada en la pared.

—¿Y esa? Es nueva, ¿no?

—Eso parece.

—¿Cuándo la ha colgado?

—El jefesito la puso hoy pol la mañana.

—¿Cuántas van ya?

—Diesiséis.

—Fiiiiiiuuuuu, diesssisssséiss —remarco su acento caribeño para tomarle el pelo, pero ella ni se inmuta.

Cojo el botellín que Dayami deja en la barra y observo de cerca la fotografía. Encuadrado en un marco negro y simple, se ve a Churruca con una mujer del brazo. Los dos miran sonrientes al objetivo. Detrás, el Támesis y el archiconocido Big Ben.

En la pared hay otras quince fotos con el mismo marco negro y simple. Todas iguales, todas diferentes. En cada una de ellas, Churruca está acompañado de una mujer. Los dos miran sonrientes a la cámara. Pero la mujer es distinta cada vez. Y el escenario también cambia. Londres, Berlín, Praga, Bucarest, Katmandú, Pekín, Singapur, Sidney, Tokio, San Francisco...

Dayami recorre las fotos con la mirada mientras saca brillo a una jarra con un viejo trapo de cocina. Menea la cabeza con un leve vaivén, no sé si en señal de

aprobación o de todo lo contrario y, por fin, coloca la jarra al final de una larga fila que hay en el mostrador.

Yo, en vista de que Elsa me va hacer esperar un rato todavía, me entretengo mirando las fotos.

En la más antigua de todas, un jovencísimo Churruca estrecha la cintura de una hermosa muchacha con el gran Obelisco de Buenos Aires detrás. Parecen muy felices. Con todo el porvenir por conquistar. A saber qué fue de aquella joven. Churruca la cambió por otra. Y a esa por otra. Y así año tras año, hasta dieciséis.

Todas las navidades cierra el Manhattan y desaparece durante una semana. Cuando vuelve, inaugura el año con otra foto para la serie. Algunos coleccionan sellos, Churruca colecciona mujeres en las capitales del mundo.

Extraño ritual.

¿Cómo hará para ligarse en una sola semana a una tía autóctona de la ciudad que visita? Según Elsa, pagando. Pero mirando sus rostros, cualquiera diría que entre esas mujeres y el hombre hay algo más que una transacción monetaria.

A mí me da la sensación de que Churruca siente un verdadero afecto por todas y cada una de ellas. Por lo menos, parece mucho más feliz que trabajando detrás del mostrador del Manhattan.

Me siento de nuevo junto al ventanal y miro hacia fuera. Vivo cerca, en una calle paralela, y cada día paso unas seis veces por aquí...

Mi cerebro empieza a hacer cálculos matemáticos por su cuenta y riesgo. Pronto cumpliré veinticuatro tacos... ¿Seis pasadas al día, por trescientos sesenta y cinco días? Dos mil ciento noventa pasadas al año. Por



veinticuatro años... Ufa, más de cincuenta y dos mil pasadas por ese puñetero trozo de asfalto. Eso quiere decir que he podido hacer un surco en el suelo de una profundidad suficiente como para plantar nabos.

Empiezo a desvariar. Hoy es un día importante y aquí estoy, sola, esperando a que la vida... ¿Esperando a qué? Últimamente creo que espero demasiado. ¿O debería decir que me falta acción?

No me gustan los derroteros que están tomando mis pensamientos.

Apuro el botellín de cerveza.

Vuelvo a mirar por el ventanal.

¿Pero dónde coño anda esta loca?

Al borde de la desesperación, en el punto de fuga de la calle, por fin reconozco la pequeña figura de Elsa. Viene dando saltitos, como de puntillas. Posiblemente en un acto inconsciente por aparentar ser más alta de lo que en realidad es.

Elsa abre lo justo la pesada puerta y se cuela dentro. La acompaña un frío de nieve. Da las buenas tardes a grito pelado, no vaya ser que alguien no se haya enterado de que ya está aquí.

Se quita el gorro de lana de colores, la bufanda y el largo abrigo. Se arroja sobre la silla y suspira:

—Aaayyy. ¿Y qué? ¿Qué es eso tan urgente que tienes que contarme?

—Oye tía, si no te interesa, pírate y sigue follando.

Elsa pone cara de ofendida y, como tantas otras veces, repite su frase preferida aguantando la risa:

—Mi querida replicante, mírate los cables, que te va a dar un cortocircuito.

Las dos nos reímos.

Elsa es una fan incondicional de Blade Runner. Puede que haya visto la película unas cien veces, sin exagerar. Desde que la vio en el cine, yo soy su querida replicante. Soy tan alta y desgarbada como Daryl Hanna, y encima la replicante de la peli me copió la corta melena pajiza de puntas eléctricas. Vamos, que soy clavadita.

Tras tomar aire, le suelto de sopetón:

—He acabado la novela.

—¿Quéeeeeeeeeeeeeeeeeee?

—Que he acabado la puta novela.

—¡Flipo! ¡Haberlo dicho antes! ¡Hubiera quedado otro día para follar!

—Joder, Elsa, a ti te vale cualquier bicicleta...

Un par de atractivos hoyuelos asoman junto a la comisura de sus labios.

—Tengo un don natural. Pero dime —se acerca hacia mí—, ¿cómo has acabado la novela?

—Pues he escrito la última frase y he puesto fin.

—Buah, qué clásico. ¡Pero hay que celebrarlo!

—Ya iba siendo hora. Estaba empezando a pensar que tendría que hacerlo sola.

Me giro hacia la barra y llamo a Dayami.

—Dayami, a ver esos chupitos de ron que calientan el alma. Pon dos.

—Uno.

Miro extrañada a Elsa.

Le encanta el ron. Su negativa no me cuadra.

—Vale, tienes razón. Todavía es pronto para empezar a beber a saco.

—No, no es eso. Es que...

Su voz tiembla.

Hay algo oculto que lucha por salir.

—¿Qué pasa, Elsa? —la ayudo.

—Estoy embarazada.

—¿Quéeeeeeeeeeeeeeeeeeeee?

—Lo que has oído.

Silencio en la sala.

—Jodeeeeeeer... ¿de quién?

—No lo sé.

—No lo sabes, o...

—Qué más da. ¿Tiene alguna importancia?

—Jodeeeeeeer...

Ruido de vajilla en la cocina.

La trapaperras suelta unas monedas en la esquina.

—¿Y? —le pregunto.

—¿Y? ¿Qué?

—¿Y qué vas a hacer?

—Tenerlo. Supongo.

Se abre la puerta del bar y entra un hombre de unos cincuenta años. Pide un sol y sombra en la barra.

Mi amiga me mira fijamente y me ofrece una hermosa sonrisa.

—En el fondo, esto también habría que celebrarlo, ¿no crees?

Se gira hacia la barra y grita:

—Dayami, a ver esos chupitos de ron que calientan el alma. Que sean dos.

## PRESENCIAS EXTRAÑAS

Donna duerme profundamente. Como una piedra que cae y cae en un pozo infinito. De vez en cuando cabecea y se da contra el cristal, pero ni se entera. Se encuentra en un estado en el que ni siente ni padece.

De pronto, un fuerte temblor la abduce de aquel pozo inabarcable. Abre los ojos y mira alrededor, pero su cerebro tarda unos segundos en procesar la información.

Alguien la zarandea.

Parece querer comunicarse con ella.

—Despierta, Blancanieves. Es hora de irse.

Donna se incorpora un poco y nota que su frente choca con algo. La cabeza está a punto de reventarle. Presiente que sigue en extraña compañía, en aquel habitáculo reducido. Entra en pánico y comienza a balbucear palabras al tuntún:

—Oye, yo... esto... perdona, no quiero jaleos... me llamo Belladonna.

La extraña presencia ríe a carcajadas.

—Sí, sí... Tú Belladonna, yo Chita. ¡Y espabila, que ahí viene Tarzán!

El grito genera una chispa que pone en marcha el circuito de Donna. Sus neuronas crean las primeras conexiones y por fin es consciente de su propio ser, más o menos. La extraña compañía resulta ser Elsa, que gira la llave del coche. El ruido del motor chirría en sus oídos.

Donna inclina la cabeza y mira por la ventanilla. Coches y más coches ruedan por una gran avenida.

Al otro lado del asfalto se ve un edificio gris custodiado por un hombre uniformado que empuña una ametralladora. Sobre la puerta, un rótulo: Jefatura de Policía. Y justo debajo, en el mismo umbral, un joven rapado con cadenas colgando de su ajustado pantalón enciende un cigarrillo con una cerilla.

Es Telefunken. Su mejor amigo. La única persona que siempre la llama Bella en contra de su voluntad.

Telefunken arroja la cerilla a los pies del policía y después le dice algo que parece muy gracioso.

El uniformado, sin embargo, no se ríe. Sin mover un músculo de la cara, se acerca al chico, estira una mano y le mete una perca en toda la nuca.

Con la inercia del golpe, Telefunken sale despedido a trompicones y casi se cae. Desde el borde de la acera, localiza el coche de sus colegas, levanta una mano a modo de saludo y cruza la carretera sin mirar.

Una furgona de reparto casi se lo lleva por delante. El conductor toca el claxon con furia y la estela del bocinazo deja un agudo pitido en la cabeza de Donna.

—Ya era hora. Estaba harta de esperar —protesta Elsa mientras baja la ventanilla y se asoma—. ¡Muévete, tío! ¡Estoy helada!

—¡Espera! Sólo un segundito... —pide Telefunken.

El joven pega un silbido y saluda efusivamente con los brazos al policía de la puerta. Acto seguido, se da la vuelta, se baja los pantalones y le hace un calvo.

Elsa estalla en carcajadas.

—Este tío está grillao, ja, ja...

Él se sube los pantalones apresuradamente, entra en el coche y se tira en el asiento de atrás. Sus cadenas tintinean mientras se retuerce para abrocharse el botón del pantalón.

—¡Dale caña, Thelma! Dale, dale, dale... —apremia a la conductora.

Elsa se incorpora al tráfico a toda pastilla entre gritos de júbilo.

Telefunken aúlla en el asiento de atrás:

—¿Habéis visto la cara de ese tío? ¡Ja, ja! Creo que se ha cabreado un poco. Así que ahora sois unas fugitivas de la ley. ¡Sois las putas Thelma y Louise!

Donna, acurrucada en el asiento del copiloto, se masajea la cabeza como buenamente puede.

Elsa se parte de risa. Por un momento, casi se olvida del volante. Se estira y mete una cinta en el aparato de música. Suenan los Eskorbuto a todo volumen. Elsa y Telefunken cantan dándolo todo:

*Nuestras vidas se consumen,  
el cerebro se destruye,  
nuestros cuerpos caen rendidos,  
como una maldición...*

Donna se encoge aún más en su asiento.

Todo apunta a que ha sido otra noche memorable.

Lástima que no se acuerde de nada.